

así les dijo en espantosas voces :

«¡ Teucros, Licios, Dardanos, que de cerca  
 »acostumbráis á pelear ! Ahora  
 »no ya el pié retireis de la batalla  
 »teniendo al enemigo acorralado ;  
 »y del hijo de Clitio, que valiente  
 »combatiendo en las naos muerto queda,  
 »defended el cadáver, no le quiten  
 »sus armas los Aqueos.» A los suyos  
 así animaba el adalid Troyano,  
 y contra Ajax lanzó su larga pica.  
 Y aunque errado fué el tiro, al escudero  
 el fuerte Licofron hijo de Mástor,  
 que al lado de su príncipe asistía,  
 en la cabeza hirió sobre el oído  
 con el agudo bronce, y en la arena  
 de lo alto de la popa de la nave  
 cayó de espalda, y sin vigor sus miembros  
 todos quedaron. En Citere había  
 nacido el inteliz; y habiendo dado  
 la muerte á un hombre, del hogar paterno  
 á Salamina huyó y en el alcázar  
 de Ajax vivía. Estremecióse el héroe  
 cuando le vió caer, y en anhelosa  
 voz gritaba á su hermano: «¡Dulce Teucro!  
 »ya de Mástor el hijo, á quien nosotros  
 »cuando desde Citere á Salamina  
 »errante vino en el paterno alcázar  
 »hospedamos, y siempre cariñosos  
 »honrábamos á igual de nuestro padre,  
 »á manos de Héctor pereció. Mas ¿dónde  
 »hoy tienes tú las flechas matadoras  
 »y el arco, don del Flechador Apolo?»  
 Oyóle Teucro, y en veloz carrera  
 vino á unirse con él. En una mano  
 el ballestón elástico traía,  
 y en otra de saetas bien provisto  
 el flechero; y volviéndose á la escuadra  
 del enemigo y aceradas puntas  
 lanzando sin cesar, con la primera  
 á Clito hirió, de Pisenor nacido  
 y de Polidamente camarada.  
 Clito entónces el carro y los bridones  
 regía del enemigo, y oficioso  
 á aquella parte rápido acudia  
 donde más en desórden las falanges  
 á ceder empezaban, conociendo  
 que á Héctor y á los Troyanos de este modo  
 grato se haría. Pero pronto al triste,  
 cuando más animoso peleaba,

llegó la fatal hora de que nadie  
 le pudo libertar; porque en el cuello  
 por detrás se clavó la aguda flecha:  
 y exhalando suspiros dolorosos,  
 desde el carro cayó. Retrocedieron  
 los bridones, y el carro, ya vacío,  
 por entre los cadáveres y arneses,  
 arrastraban con ruido estrepitoso.  
 Advirtiéndolo su dueño; y los bridones  
 á sujetar corriendo apresurado  
 de todos el primero, los detuvo;  
 y á Astinoó, de Protion nacido,  
 los entregó, mandándole que cerca  
 de él allí los tuviese y á su vista,  
 y de nuevo se entró por la batalla.  
 Sacó Teucro otra flecha voladora,  
 y á Héctor iba á tirarla; y si la vida,  
 hiriéndole con ella, le quitara,  
 pronto la lid hubiera terminado  
 que ostinada seguía en los bajeles.  
 Pero á la mente pródiga de Jove,  
 que á Héctor guardaba la intencion de Teucro  
 no se ocultó; y habiéndole rompido  
 del ballestón la retorcida cuerda  
 cuando á Héctor apuntando la estiraba,  
 del alta gloria de matar al héroe  
 le privó la Deidad. Huyó la flecha  
 por diverso camino, y de la mano  
 del Griego en tierra el arco poderoso  
 cayó también, y enfurecido el jóven  
 dijo al hermano en dolorido acento:  
 «¡ Triste de mí! Ya veo que irritado  
 »algun Dios el valor inutiliza  
 »que mostramos los dos en la pelea:  
 »y él ha sido el que ahora de mi mano  
 »derribó en tierra el arco poderoso  
 »y la cuerda rompió recien torcida  
 »que yo mismo le puse esta mañana  
 »para que, sin romperse, de las flechas  
 »sostuviese el empuje, y numerosas  
 »contra los enemigos las tirase.»

Y Ajax así le dijo: «¡Dulce hermano!  
 »el arco deja ahora y las saetas  
 »en el suelo. Ya ves que las ha roto  
 »enemiga Deidad que á los Aquivos  
 »persigue airada, y su valor envidia.  
 »Toma en la mano poderosa lanza,  
 »cubre los hombros de anchuroso escudo,  
 »y valiente pelea con los Teucros  
 »y á los otros anima con tus voces;

»para que los Troyanos, aunque ahora  
 »vencedores estén, no sin trabajo  
 »tomen las naves. En lidiar nosotros  
 »pensemos solamente.» Así decia ;  
 y Teucro, encaminándose á su tienda,  
 dejó allí el ballestón ; y de los hombros  
 un escudo colgó de cuatro pieles  
 formado, y con un yelmo la cabeza  
 se cubrió refornido, y en la mano  
 tomó robusta lanza guarnecida  
 de agudo hierro ; y en veloz carrera  
 volvió á donde su hermano le esperaba,  
 y á su lado se puso. Cuando visto  
 Héctor hubo que inútiles yacían  
 del Griego las saetas, en alegres  
 voces gritó á los Teucros y auxiliares :  
 «¡ Teucros, Licios, Dardanos valerosos !  
 »sed varones, amigos, y acordaos  
 »del antiguo valor mientras que dure  
 »la batalla en las naves. Por mis ojos  
 »he visto yo que del mejor archero  
 »el arco ha roto y voladoras flechas  
 »el mismo Jove; que á los hombres fácil  
 »es conocer á quienes con su mano  
 »defiende Jove y el honor del triunfo  
 »en las batallas da, y á cuáles niega  
 »su favor y las fuerzas enflaquece ;  
 »cómo ya de los griegos la pujanza  
 »y el valor debilita, y á nosotros  
 »con su poder ayuda. A los navíos  
 »acometed en escuadron cerrado ;  
 »y aquel de entre vosotros que de cerca  
 »ó de léjos herido, de la vida  
 »al término fatal aquí llegare,  
 »alegre muera ; que glorioso y dulce  
 »es morir en defensa de la patria.  
 »Y libres además sus tiernos hijos  
 »quedarán y su esposa, y menoscabo  
 »no sufrirán sus bienes, si en las naves  
 »á su tierra volvieren los Aqueos.»  
 Así dijo, y á todas sus escuadras  
 más aliento inspiró. Del otro lado  
 Ajax también gritaba á sus legiones :  
 «¡Argivos! ¡qué vergüenza! Ya es preciso,  
 »ó todos perecer, ó de las naves  
 »rechazar á los Teucros y salvarnos.  
 »¿ Imagináis tal vez que si tomadas  
 »fueren por Héctor, al país nativo  
 »por tierra volveréis? ¿No estais oyendo  
 »cómo á toda su gente en altas voces

»alegre anima, y les promete ufano  
 »reducir á ceniza los navíos?  
 »Y no, cierto, á la danza los convida,  
 »sino á la lid terrible; y á nosotros  
 »otro camino de salud no queda  
 »que valientes lidiar con los Trayanos,  
 »y vencer, ó morir. Es más glorioso  
 »acabar de una vez, ó en la victoria  
 »asegurar la vida, que dejarse  
 »de esta suerte matar en la pelea,  
 »lentamente, en las naves, indefensos,  
 »por soldados que son á los Aquivos  
 »en número y valor tan inferiores.»

Ajax de Telamon así á los suyos  
 animó á pelear: Héctor en tanto  
 quitó la vida á Esquédio, el valeroso  
 hijo de Perimédes, que mandaba  
 los Focenses. También á Laodamante,  
 otro hijo de Antenor que los peones  
 de Troya acaudillaba, con su pica  
 Ajax mató. La vida y la armadura  
 despues quitó el augur Polidamente  
 á Oto, el Cilenio, que de Méges era  
 el escudero. Cuando vió el caudillo  
 que de las armas á Oto despojaba  
 Polidamente, acometió furioso  
 con la pica. El Troyano ladeóse,  
 y así evitó la muerte; porque Febo  
 no permitía que de Panto el hijo  
 quedase muerto al pié de los bajeles,  
 pero despues á Cresmo con su lanza  
 Méges atravesó. Cayó en la arena  
 el Troyano y en ruido temeroso  
 el suelo retembló, y de la armadura  
 le despojó el Aquivo. Mas en tanto  
 que el hijo de Fileo de los hombros  
 del cadáver las armas arrancaba,  
 saltó sobre él en rápida carrera  
 Dólope, que de Lampo era nacido  
 hijo de Laomedonte y en sus dias  
 el más fuerte de todos los guerreros,  
 y también él en las sangrientas lides  
 estaba ejercitado. Y desde cerca  
 arremetiendo con aguda pica,  
 el escudo del hijo de Fileo  
 por el medio rompió; pero la cota  
 de bien tejidas poderosas mallas  
 con que el pecho del héroe defendido  
 estaba, le salvó. Trajo Fileo  
 de Epira, situada á las orillas

del claro Seleente, aquella cota, que Eufétes, Rey de la ciudad, le diera en señal de amistad y de hospedaje, porque puesta en las lides la llevara y con ella su pecho defendiese contra los enemigos; y este dia tambien libró de muerte inevitable al hijo. Viendo Méges que la pica á herirle no llegara, en lo más bajo de la cimera del bruñido almete dió una lanzada al Teucro, y la garzota de crines de caballo al suelo vino con toda la cimera, que teñida nuevamente de púrpura brillaba. Miétras Méges seguia combatiendo y vencer esperaba, Menelao acudió á socorrerle, y á la espalda de Dólope sin que éste lo advirtiera poniéndose, en el hombro con la pica le hirió. La punta, atravesando el pecho impetuosa y deseando ardiente adelante pasar, por la garganta salió, y de cara el adalid troyano cayó en la arena. Fueron presurosos Méges y Menelao de las armas á despojarle; pero viólos Héctor, y en alta voz á todos sus hermanos mandó que defendiesen el cadáver. Y vuelto al valeroso Melanipo, hijo de Hicetaon, deudo cercano del infelice Dólope, con dura reprension le aguijaba.—Hasta que á Troya á guerrear vinieran los Aqueos, habitaba en Percope Melanipo numerosa vacada apacentando; mas despues que los Griegos en las naves vinieron á Ilion volviése á Troya, y por su gran valor entre los Teucros todos sobresalia, y le hospedara en su palacio el Rey, y cual si fuera alguno de sus hijos le queria.— A este guerrero, pues, en altas voces Héctor entónces reprendió, y le dijo:

«¿ Y seremos nosotros tan cobardes, »oh Melanipo? ¿ El corazon ahora »conmovido no sientes, á la vista »el cadáver teniendo de tu primo? »¿ No ves cómo de Dólope los Griegos »pelean por llevarse la armadura? »Sígueme, pues; que mengua ya sería

»de léjos batallar con los Aquivos, »hasta que todos ellos traspasados »por nuestras lanzas sean, ó ellos tomen »la fuerza de Ilion, y la destruyan »en general ruína, y á cuchillo »pasen á sus valientes ciudadanos.»

Dichas estas palabras, el primero Héctor marchó. Siguióle Melanipo, á los Dioses igual en valentia, y al verlos, á los hijos de la Grecia Ajax de Telamon así animaba:

«¡ Mostrad aquí vuestro valor, amigos! »y el desprecio temed con que el valiente, »cuando ya se ha trabado la pelea, »á los cobardes mira. En las legiones »en que los unos el desprecio temen »de los otros, son más los que se salvan »que los que mueren. Si cobardes huyen, »ni gloria alcanzan, ni ayudarse pueden »los unos á los otros.» Así dijo Ajax, y todos, aunque ya resueltos á defenderse estaban, al oírle más valientes se hicieron, y cercaron con un muro de bronce los navíos.

A los Troyanos alentaba Jove; mas no cobarde entónces Menelao olvidó la defensa, que cuidadoso con sus voces á Antíloco animaba á que el valor mostrase, y le decia:

«¡ Antíloco! de todos los Aqueos »eres aquí el más jóven, y ninguno »en el correr te iguala ni más fuerte »es que tú en la pelea. Si lograses, »impetuoso arremetiendo, alguno »matar de los Troyanos!...» Esto dijo el Atrida; y habiendo así animado con sus voces al jóven, á su escuadra se retiró, y Antíloco, brioso, fuera saltó de la primera fila. Y en derredor mirando precavido, vibró la aguda reluciente lanza; y al verla por su mano despedida huyó cobarde el escuadron de Troya. Pero no en vano la arrojó; que al fuerte hijo de Hicetaon, el animoso Melanipo que ardiente á la pelea venia, á la raíz de la garganta se la clavó en el pecho, y el Troyano cayó en el polvo, y retembló la tierra. Y Antíloco saltó sobre el cadáver,

ganoso de quitarle la armadura.

Como salta el lebrél sobre el herido ciervo, que de su cama descuidado sale á pacer, y el cazador le pasa con acerada flecha, y moribundo viene á caer sobre la verde yerba; así el hijo magnánimo de Néstor sobre el cadáver tuyo, oh Melanipo, saltó para quitarte la armadura.

Mas Héctor lo advirtió, y por las primeras filas atravesando, del Aqueo al encuentro salió; y aunque valiente guerrero fuese Antíloco, á esperarle no atreviéndose, huyó precipitado. Como la fiera que mató los perros, ó al pastor que guardaba las ovejas, despues de hecho el estrago se retira ántes que acuda gente, así de Néstor el hijo huyó; mas Héctor y los suyos, dando terribles voces, derramaban siempre copiosa lluvia de saetas: y él, llegado á la escuadra de los Griegos, paróse, y dió la cara al enemigo.

Entónces los Troyanos, semejantes á leones hambrientos, se arrojaron sobre las naves en tropel confuso, de Jove por la diestra protegidos que siempre nuevo ardor les infundia. La Deidad, el valor de los Aqueos debilitando, y el honor del triunfo negándoles, en su ánimo queria á Héctor, hijo de Príamo, la gloria dar de que fuego ardiente é indomable echara en los navíos, y de Tétis así el fatal deseo se cumpliera. Pero sólo esperaba con sus ojos ver la llama salir de algun navío que empezara á quemarse, y desde entónces poner debía en fuga á los Troyanos y la victoria dar á los Aqueos. Por eso ahora á destruir las naves con impulso agitaba poderoso á Héctor, que mucho en llama abrasadora quemarlas impaciente deseaba.

Cual, blandiendo su lanza, se enfurece Marte en la guerra, ó cual en alto monte el fuego se embravece, cuando abrasa espesísima selva; tal ahora Héctor se enfurecia, y en espuma blanca tiñendo el encendido labio

ambos sus ojos en ardiente fuego bajo las torvas arrugadas cejas ardian, y en contorno de las sienas hórridamente el morrion crujia miétras éi animoso batallaba. Y desde el éter ardimiento y brío infundiale Jove, y entre todos los caudillos troyanos y auxiliares á él solo honrar y proteger queria, al ver que breve tiempo le quedaba ya de vivir; que en su favor Minerva apresuraba el dia en que vencido por el hijo valiente de Peleo acabase la vida. Mas entónces las hileras romper de los Aquivos, por un lado y por otro acometiendo donde más numerosas las escuadras eran y los más fuertes combatian, anhelaba feroz; pero no pudo la falange romper de los Aqueos que en columna cerrada resistian. Como una grande roca inaccesible del espumoso mar en la ribera firme sostiene el repetido choque de los vientos sonoros, y el embate de las ingentes olas que sobre ella se rompen rebramando; así los Griegos firmes á los Troyanos esperaban, ni en vergonzosa fuga se ponian: y Héctor, en derredor de la armadura claro fulgor lanzando, impetuoso se arrojó al escuadron de los Aqueos, y sobre ellos cayó. Como á la nao embravecidas olas acometen que el viento ha levantado resonante bajando de las nubes, y el navío todo se cubre con la espuma, y brama dentro la vela furibundo el viento, y acobardados los marinos tiemblan porque muy cerca de la muerte miran correr su nave; así de los Aquivos en el pecho el temor despedazaba el ánimo abatido, miétras Héctor furioso á su falange acometia.

Cual, si hambriento leon fiero acomete al rebaño de bueyes numeroso que de extendido lago en la ribera está paciendo, y por custodio tiene un pastor no avezado todavía á pelear con fieras y estorbarlas

que las reses le maten; y siguiendo á las últimas siempre, ó las primeras, descuida las del centro, y al notar lo el león á esta parte se encamina, y una vaca devora, y todas huyen medrosas; así entonces los Aquivos, por Héctor y por Jove amedrentados, en fuga se pusieron, y á uno solo Héctor logró matar: á Perifétes, natural de Micénas, y nacido de Copreo el infame, el que llevaba á Hércules los mensajes de Euristeo. De un padre sin valor naciera un hijo muy valeroso y fuerte, que adornado de las virtudes todas, con ligera planta corría, en las sangrientas lides peleaba animoso, y en talento entre los más prudentes de Micénas sobresalía; y con su muerte ahora dió grande honor al campeón troyano.

Al volver las espaldas el Aquivo, del anchuroso escudo que llevaba para que de los tiros le librase, y de piés á cabeza le cubría, en la circunferencia tropezando y enredados los piés, cayó de espalda, y el morrion en horroroso ruido en derredor crujó de la cabeza cuando en tierra cayó. No tardó mucho Héctor en verlo, y en veloz corrida á su lado se puso, y en el pecho su lanza le clavó, y á la presencia le mató de los suyos. Y aunque tristes quedaron con su muerte, su cadáver defender no pudieron; que ellos mismos á Héctor mucho temían. Los Aqueos detras se retiraron de las naves más cercanas al muro, y á la espalda tenían las demas que las postreras sacado á tierra habían. Retirados al centro de las naves, á la dura necesidad cediendo, y perseguidos por la troya hueste, no la suya se dispersó; que en apiñadas filas al lado de las tiendas reunidos hicieron alto, y el pudor y el miedo los contenían, y en ardientes voces los unos á los otros no cesaban de animarse. De todos el primero Néstor, el númen tutelar de Grecia,

uno por uno á los Aquivos todos, el nombre de sus padres invocando, á la lid animaba, y les decía:  
 «Tened valor, amigos, y en el pecho  
 »el pudor renovad que la presencia  
 »de los hombres infunde. De los hijos,  
 »las esposas, los padres y los bienes  
 »os acordad, así el que todavía  
 »sepa que viven sus ancianos padres,  
 »como el que ya en su muerte derramado  
 »tiernas lágrimas haya; que yo ahora  
 »por tan amadas prendas os suplico,  
 »aunque ausentes están, que la batalla  
 »sostengais con valor y no á la fuga  
 »os entregueis cobardes.» El anciano con estas voces inflamó de todos el ánimo; y Minerva de repente la nube separó densa y oscura que sus ojos cubría, y en contorno en claridad inmensa los objetos pudieron todos descubrir; las naves, y el campo de batalla. De este lado á Héctor veían orgulloso y fiero, y del otro á los griegos campeones, y así á los que detras de los navíos sin pelear estaban, como aquellos que al pié de los bajeles combatían. Mas no era grato al corazón valiente de Ajax de Telamon estar ocioso donde los otros hijos de la Grecia se habían retirado. Así, las naves corría todas, con ligera planta de una en otra saltando á la crujía, y en la mano teniendo una gran percha de más de veinte codos que con clavos de hierro asegurada, en los combates de mar servía. Cual ligero suele diestro cabalgador, cuatro bridones escogiendo entre muchos, á carrera de la llanura á la ciudad guiarlos por el ancho camino, y mucha turba de hombres y mujeres admirada le está viendo correr, y él de continuo del uno al otro salta sin caerse, y ellos en tanto rápidos galopan; así Ajax por encima la cubierta corría de las naves presuroso de una en otra saltando, y hasta el éter llegó su voz; que en horroroso grito de animar no cesaba á los Aqueos

á defender las tiendas y las naves: y Héctor tampoco estaba entre las filas oculto de los teucros escuadrones. Como el águila negra á la bandada persigue de las aves que tranquilas á la márgen de un río caudaloso solazándose están, sea de grullas, ó de gansos, ó cisnes; tal entonces Héctor se encaminó precipitado á un bajel cuya proa hermo seabá verde color; y con su diestra Jove por detras le empujaba poderosa y animaba á su gente, y el combate con más ardor se comenzó de nuevo al pié de los navíos. Y dijeras que sin estar de combatir cansados los unos y otros peleaban por la primera vez: tan animosos se acometían. Y diversos mucho eran de los Aquivos los temores, y diversas también las esperanzas de los Troyanos. Que evitar pudiesen su total exterminio los Aqueos ya no creían; perecer con gloria solamente esperaban. Los Troyanos los bajeles arder, y á los Aquivos en ellos degollar, dentro del alma todos se prometían; y agitados de ideas tan contrarias, se embistieron.

Era la nave cuya excelsa popa Héctor asió de las que el mar undoso pueden atravesar, nueva y ligera, y en ella vino á la troyana costa Protesilao; mas al patrio suelo no le volvió á llevar. Por esta nave se mataban los Griegos y Troyanos hiriéndose de cerca, ni de léjos unos y otros los tiros esperaban de flechas y de dardos; que valientes, unánimes, unidos, y de cerca, con hachas de dos cortes y afiladas seguros combatían. Y en el polvo muchas espadas de brillante acero, de anchuroso recazo y con oscuro hierro adornadas, sin cesar caían; ó huyendo de la diestra poderosa de los mismos guerreros, ó en sus hombros hechas pedazos; y la roja sangre en copioso raudal sobre la verde yerba corría. La elevada popa

Héctor en tanto de la nave griega no soltaba; que firme con la mano el alcázar tenía, y á los Teucros así en alegres voces animaba:

«Fuego traed, y en escuadron cerrado  
 »todos al mismo tiempo la batalla  
 »empeñad; porque Júpiter benigno  
 »este día nos da que los afanes  
 »hace ya olvidar todos, y la gloria  
 »tendremos de quemar esos bajeles  
 »que con hado siniestro aquí venidos  
 »contra la voluntad de las Deidades,  
 »mucho mal nos hicieron por la culpa  
 »de los ancianos. Porque yo quería  
 »junto á las altas popas de las naves  
 »dar la batalla y, tímidos, licencia  
 »no me quisieron dar, y de la hueste  
 »el ardor reprimían. Mas, si entonces  
 »el padre Jove permitió que ciegos  
 »errásemos así, ya él mismo ahora  
 »nos anima á lidiar y nos ampara.»

Dijo; y al escucharle los Troyanos, con más ardor á su falange griega acometieron. Sostener no pudo Ajax la acometida impetuosa; que de lanzas y dardos oprimido era por todas partes; y algun tanto retrocedió; porque morir temía. Dejó, pues, la cubierta de la nave; y de pié sobre un banco de remeros que siete piés tenía, cuidadoso observaba si alguno á los bajeles con encendidas teas se acercaba para quemar la nave, y con la percha sin cesar alejaba de los buques al que con fuego abrasador venía, y de continuo en horrorosas voces al combate á los Griegos animaba.

«¡Ministros de Mavorte (les decía),  
 »campeones valientes de la Grecia,  
 »dulces amigos! Recordad ahora  
 »cuál fué vuestro valor en las batallas  
 »hasta este día. ¿Imagináis acaso  
 »que á la espalda teneis otras legiones  
 »que pueden ayudaros, ó algun muro  
 »más firme que el antiguo y que la vida  
 »á todos salve? Ni tenemos cerca  
 »torreada ciudad donde podamos  
 »acogernos, ni tropas de refresco  
 »que alternen con nosotros. En las tierras

»de los Troyanos fuertes, y á la orilla  
 »del mar acorralados, y de Acaya  
 »estamos léjos. La salud, amigos,  
 »en los puños está, no en retirarse  
 »de la batalla.» Dijo; y furibundo  
 con la terrible percha á todas partes  
 diligente acudia, y al guerrero

que de Héctor por las voces animado  
 y agradarle queriendo, se acercaba  
 con fuego abrasador á los bajeles,  
 furioso heria con agudo hierro;  
 y doce campeones sobre el polvo,  
 de las naves al pié, dejó tendidos.

## LIBRO DÉCIMOSEXTO

### ARGUMENTO

*Ruega Patroclo á Aquiles le conceda  
 vestirse de sus armas, y que pueda  
 conducir al combate sus soldados.  
 Mata al gran Sarpedon, ya rechazados  
 en tropel los troyanos. Finalmente,  
 da la muerte á Patroclo Hector valiente.*



si por esta nave combatian  
 Aquivos y Troyanos, y Patroclo  
 al pabellon de Aquiles ya viniera,  
 y lágrimas ardientes derramaba,  
 cual fuente cenagosa que cayendo  
 de altísimo peñasco, en la llanura  
 vierte las negras ondas. Cuando Aquiles  
 le vió venir lloroso, del amigo  
 hubo piedad, y asiéndole la mano,  
 así le dijo en halagüeñas voces:

«¿Por qué lloras, Patroclo? Como suele  
 »llorar la niña que en veloz carrera  
 »á su madre siguiendo ya se cansa,  
 »y la tira del manto, y la detiene,  
 »y la mira llorosa, y la suplica  
 »que en sus brazos la tome; así afligido  
 »tiernas lágrimas viertes. ¿Anunciarnos  
 »quieres infausta nueva, ó á mí solo  
 »ó á todos los Mirmídones? ¿De Phtia  
 »ha venido tal vez un mensajero  
 »y tú le oiste solo? Si no miente  
 »la fama lisonjera, tu buen padre  
 »Menetio vive aún, y rodeado  
 »vive de los Mirmídones Peleo,  
 »y solamente si los dos murieran

»tristes estar debiéramos. ¿O lloras  
 »por los Griegos acaso, que perecen  
 »al pié de los navíos por su culpa?  
 »Habla, nada me ocultes, y el origen  
 »sepa yo de esas lágrimas.» Al héroe  
 así, tristes suspiros exhalando,  
 ¡generoso Patroclo! respondiste:  
 «¡Ah, hijo de Peleo, y el más fuerte  
 »de los Aquivos todos! ¡No mi llanto  
 »culpes, amigo! Dolorosa cuita  
 »oprime á los Aqueos. Cuantos eran  
 »ántes los más valientes, en las naves  
 »yacen heridos, quién de flecha aguda,  
 »quién de un bote de lanza. Diomédes  
 »herido está por arma arrojadiza;  
 »con sus lanzas dos Teucros han herido  
 »á Agamenon y al esforzado Ulises,  
 »y Eurípilo, en el muslo, de saeta  
 »herido está. Los médicos atienden  
 »á curar sus heridas; y tú, Aquiles,  
 »eres inexorable. ¡Oh! nunca, nunca,  
 »la cólera que tú, valiente solo  
 »en daño nuestro, abrigas en el alma  
 »se apodere de mí. ¿Quién por tu brazo  
 »alguna vez en las sangrientas lides